

III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

La experiencia de lo unheimliche en el campo del amor.

Otero, Tomas.

Cita:

Otero, Tomas (2011). *La experiencia de lo unheimliche en el campo del amor. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-052/836>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRwr/9z3>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA EXPERIENCIA DE LO UNHEIMLICHE EN EL CAMPO DEL AMOR

Otero, Tomás

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

A partir de ciertas conceptualizaciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan, nos proponemos en el presente trabajo abordar la experiencia de lo ominoso -Unheimliche- en el campo del amor. Una de las aristas que toma Freud para abordar lo Unheimliche es el relato de E.T.A. Hoffmann "El hombre de la arena" (1816). No obstante, este cuento, que se enmarca dentro del género Romanticismo gótico, es también una historia de amor y pasión. Es así que nos preguntamos ¿qué relación guarda lo Unheimliche con el amor?, ¿por qué el amor se presenta como un campo privilegiado para poder ceñir la experiencia de lo Unheimliche? Con el propósito de responder estos interrogantes, puntualizaremos algunos elementos del artículo de Freud sobre lo Unheimliche a la luz de las referencias que nos da Lacan en el Seminario X para delimitar las coordenadas de esta experiencia y su relación con la angustia. Para luego avanzar con ciertas articulaciones respecto al campo del amor a los fines de ubicar las coordenadas que en este campo precipitan la aparición de lo Unheimliche. Finalmente tomaremos algunos pasajes del relato de Hoffmann para ilustrar los principales desarrollos de la presente investigación.

Palabras clave

Unheimliche Amor Angustia Goce

ABSTRACT

THE EXPERIENCE OF THE UNHEIMLICHE IN THE FIELD OF LOVE

From certain conceptualizations made by Sigmund Freud and Jacques Lacan, the aim of this work is to tackle the experience of the uncanny-Unheimliche-in the field of love. One of the paths taken by Freud to approach the Unheimliche is E. T. A. Hoffmann's story "The Sandman" (1816). Despite the fact that this story belongs to the genre of Gothic Romanticism, it is also a tale of love and passion. Therefore, we pose the question of how is the Unheimliche related to love-Why does love arise as a privileged field to grasp the experience of the Unheimliche? To answer these questions, we will point out some elements on Freud's article on the Unheimliche in the light of the references provided by Lacan in his Seminar X-in order to settle the coordinates of this experience and its relation to anxiety. From there, we will put forward certain articulations regarding the field of love in order to locate the coordinates that, in this field, make the Unheimliche come forward. Finally, we will take some excerpts from Hoffmann's story to illustrate the main developments of this research.

Key words

Unheimliche Love Anxiety Jouissance

Introducción a lo *Unheimliche*

Observamos que Freud en su estudio sobre lo ominoso "Das Unheimliche" (1919) ensaya en principio dos vías que le permiten ir delimitando esta experiencia. Primero, un exhaustivo estudio etimológico de la palabra *unheimlich*. Que resumo poniendo el acento en el punto de torsión que lleva a convertir algo *heimlich* precisamente en su antónimo *unheimlich*. Comienza con la significación que usualmente se le da a la palabra *heimlich*, sin el prefijo *un*, cuyos sentidos giran en torno a lo familiar, lo conocido, hogareño, produciéndose un deslizamiento hacia el terreno de lo oculto, secreto, donde lo familiar parece ser secreto, íntimo y recóndito, punto de torsión que discurre tras degradaciones de la significación para arribar finalmente en algo extraño e inquietante, es decir que lo *unheimlich* no es lo inverso de lo familiar, sino lo familiar parasitado por algo que inquieta, extraño y ajeno. En esta búsqueda etimológica Freud se encuentra con las palabras de Friedrich Schiller, uno de los más grandes dramaturgos alemanes del siglo XIX, quien nos entrega, según Freud, algo enteramente nuevo para sus observaciones: "se llama *unheimlich* a todo lo que estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto (...) ha salido a la luz" (citado por FREUD 1919, 224). Afirmación que no solo es subrayada por Freud en su estudio sino que retomaremos a partir de la lectura que hace Lacan de lo *Unheimliche* para desplegar todo su alcance.

Al fin, Freud va a concluir que "*heimlich* es una palabra que ha desarrollado su significado siguiendo una ambivalencia hasta coincidir al fin con su opuesto, *unheimlich*. De algún modo *unheimlich* es una variedad de *heimlich*. (FREUD 1919, 226).

La otra vía que toma, menos prolifera pero con un giro acertado, propone un breve *excursus* por aquellos investigadores que en materia de la estética se han detenido en el terreno de lo siniestro, de lo ominoso. Freud dice no encontrarse más que con el trabajo de E. Jentsch, cuya contribución sólo arroja que el sentimiento de lo siniestro guarda relación con algo nuevo, frente a lo cual el hombre no se orienta. No obstante una de las apreciaciones de Jentsch respecto de lo que suscita el sentimiento de lo *unheimlich*: la duda de si un ser es animado o no, o la inversa, dotado de alma un ser aparentemente inanimado, le abre una tercer vía para abordar el tema: la literatura, en particular la de E.T.A. Hoffmann, quien ha manejado con excelencia, en sus cuentos y relatos, el arte del enigma, respecto de si sus personajes se tratan de seres inanimados o criaturas vivientes.

Es así que Freud nos ofrece una lectura de "El hombre de la arena" (1816) de Hoffmann con la tentativa de ubicar allí las coordenadas de lo *Unheimliche*. Pero lo cierto

es que más allá del género fantástico, que se enmarca dentro del romanticismo gótico Alemán, "El hombre de la arena" es también una historia de amor. ¿No resulta curioso que sea un cuento que habla del enamoramiento de un personaje llamado Nataniel, con su venerada Clara primero y la excéntrica Olimpia después, uno de los caminos que Freud transita para abordar lo *Unheimliche*?, ¿qué relación guarda el amor con lo *Unheimliche*?

Del Amor

Podríamos decir que la neurosis sucumbe ilusoriamente bajo el mito de Aristófanes, siempre en búsqueda de esa mitad, de ese pedazo faltante, en el campo del Otro. En una carrera perpetua detrás de esos objetos - que sabemos que no son cualquiera- que entran dentro del campo del deseo bajo la promesa de alguna completud.

El fenómeno del amor, lleva por premisa la separación del objeto *a* del cuerpo, así el amor y el deseo quedan articulados por la transferencia que opera el sujeto de un "a postizo" (Lacan 1962-63, 61) al campo del Otro, donde encuentra a su partenaire. Aunque ya Freud había advertido que el encuentro de objeto se trata más bien de un reencuentro, subrayando la sobredeterminación que preside la elección y como ésta responde a una pérdida que ha dejado marcas indelebles en la vida psíquica.

Lacan de las puntualizaciones freudianas sobre el amor, a la altura de su *Seminarios XX* desarrolla una genealogía del amor bajo la rúbrica de los modos lógicos - imposible, contingente, necesario y posible-, indicando allí la articulación entre azar y determinación que atraviesa el campo del amor: el encuentro contingente con lo imposible de la relación sexual, con el trauma en términos freudianos -lo que no cesa de no escribirse-, deja marcas, condiciones de goce fijadas, que luego se volverán necesarias -no cesan de escribirse-, es decir, de reimprimirse, determinando las elecciones de la vida amorosa, siempre que el azar las consienta, con esos objetos que encarnan esa condición de goce. En palabras de Freud "todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas (que bien podemos leer en clave lacaniana como la forma siempre contingente que atraviesa el ser-hablante el lenguaje) y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse. Esto da por resultado un clisé -o también varios- que se repite -es reimpreso- de manera regular en la trayectoria de la vida, en la medida en que lo consientan las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos de amor asequibles" (FREUD 1912, 97-98, el agregado entre paréntesis es mío). Subrayando así el fundamento pulsional que rige la elección amorosa, por lo cual hablamos más que de condición de amor, de condición de goce.

La posibilidad de operar una transferencia de ese objeto *a* al campo del Otro, es lo que permite sostener el deseo, el *menos phi* y por tanto mantener velada fantas-

máticamente la dimensión real del objeto. Lacan nos dice en el *Seminario de la Angustia* en forma aforística que "Solo el amor permite al goce condescender al deseo" (Lacan 1962-63 p.194), para remarcar que el amor vuelve al goce apropiado para el deseo, introduciéndolo en la escala del principio de placer. Que se enmarque en el principio de placer no quiere decir que con ese objeto no se goce, que no haya una satisfacción pulsional allí en juego. La invención del objeto *a* como plus de goce que queda formalizada luego del *Seminario XVI* reformula la noción del objeto de deseo a la altura del *Seminario X*, quedando bien planteado cómo un objeto que además de capturar al sujeto por sus atributos simbólicos e imaginarios es un objeto que sirve a la satisfacción pulsional, un objeto que asume cierta condición de la cual se goza, pero enmarcado en los términos del fantasma. Entonces, el amor es aquí un médium para encausar al goce por los carriles del deseo y el principio de placer, manteniendo así velada la dimensión de goce que escapa a todo lo que cae bajo el imperio del ideal, el diseño del cuerpo imaginario y sus fantasmas: el objeto *a* real.

No obstante, habría que detenerse en ciertos atributos que cobra este partenaire, que encarna ese objeto del deseo para el sujeto y que lo eleva al estatuto de un Otro para el enamorado. Que hace del objeto de deseo un objeto amado.

Como sabemos esto fue muy bien descrito por Freud en el capítulo VIII de "Psicología de las masas y análisis del Yo" (1921) que lleva por título *Enamoramiento e hipnosis*, donde sitúa que existe un borde muy fino entre ambos fenómenos. A Freud le llama la atención en el marco del enamoramiento, la sobrestimación, la exención de la crítica, la fascinación, la sumisión humillada, la estima sobrevaluada que recae sobre ciertos atributos del objeto amado, a diferencia de otras personas o incluso del mismo objeto antes de que se lo ame. Y no vacila en afirmar el carácter de espejismo solidario a un falseamiento del juicio, que es efecto de la idealización: "el yo resigna cada vez más todo reclamo, se vuelve más modesto, al par que el objeto se hace más grandioso y valioso; al final llega a poseer todo el amor de sí mismo del yo, y la consecuencia natural es el autosacrificio de éste. El objeto por así decir ha devorado al yo (...) fallan por entero las funciones que recaen sobre el ideal del yo. Calla la crítica que es ejercida por esta instancia, todo lo que el objeto hace y pide es justo e intachable. La conciencia moral no se aplica a nada de lo que acontece a favor del objeto; en la ceguera del amor uno se convierte en criminal sin remordimientos. La situación puede resumirse cabalmente en esta fórmula: *El objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo*" (FREUD 1921, 107). En efecto el objeto amado en tanto Otro idealizado ejerce con su palabra un efecto de verdad irrefutable para el enamorado que está sumido a su apreciación. Se deja vislumbrar los efectos del ideal del yo y esa otra instancia que Lacan se ha esforzado en separar del ideal, es decir, el super yo y su tiranía que empuja al goce.

A partir de las conceptualizaciones que Lacan despliega en el *Seminario XI* podemos decir que toda esta construcción de un Otro como Ideal se soporta en un objeto *a*, en un objeto parcial que encarna el amado para el amante. De hecho, como había señalado antes el estrecho margen que hay entre el hipnotizador y el amado, permite articular la misma definición que Lacan pronuncia para la hipnosis al espejismo del amor: “la confusión, en un punto, del significante ideal, desde donde se localiza el sujeto con el *a*” (LACAN 1964, 281). Lo que se busca en el Otro es esa “libra de carne”, ese objeto parcial, esa parte del cuerpo erógeno que está perdida y que constituye el fundamento del sujeto deseante (Lacan 1962-63 p.190), porque, en consecuencia, solo amamos con nuestra falta.

La angustia y lo *Unheimliche*

En el seminario que Lacan consagra a la angustia nos dice: “ así como abordé el inconsciente mediante el *Witz*, abordaré este año la angustia mediante lo *Unheimlichkeit*” (Lacan 1962-63, 52). Ya Freud había ligado estrechamente estas dos nociones: “Uno querría conocer ese núcleo, que acaso permita diferenciar algo ominoso dentro de lo angustioso” (FREUD 1919, 219).

Ahora bien si hemos seguido nuestro desarrollo sobre el amor, ubicamos al amor como un médium entre el goce y el deseo, es decir que el amor permite al sujeto sostenerse, según su fantasma, deseante, con una falta imaginaria que Lacan llama *menos phi*, para, como dijimos antes, mantener velada la dimensión de goce del objeto *a* real. Así podemos comprender entonces la afirmación de Lacan: “Lo *unheimlich* es lo que surge en el lugar donde debería estar el *menos phi* (...) Cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar (LACAN 1962-63, 52), articulandose con la concepción varias veces subrayada en el curso del seminario: que la angustia surge cuando falta la falta (LACAN 1962-63, 52, 57, 64), es decir cuando el sujeto deseante desfallece ante la presencia real del objeto *a*. Lo que nos deja evidenciar la íntima relación de lo *Unheimliche* con el objeto *a* real y la angustia como el afecto correlativo. En este punto podemos retomar el enunciado de Schiller: “se llama *unheimlich* a todo lo que estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto (...) ha salido a la luz” (citado por FREUD 1919, 224).

El hombre de la arena, una historia de amor

“El Hombre de la arena” de E.T.A. Hoffmann narra la historia de un niño que es atemorizado por la figura de un personaje, el mito germánico del arenero: “Es un hombre malo que busca a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja puñados de arena a los ojos hasta que estos, bañados en sangre, se les saltan de la cabeza; después mete los ojos en una bolsa, y las noches de cuarto creciente se los lleva para dárselos de comer a sus hijitos, que están allá en el nido, y tienen unos piquitos curvos como las lechuzas; con ellos picotean los ojos de las criaturas que se portan mal” (FREUD

1019, 228).

Este niño llamado Nataniel nunca pudo librarse de los influjos de este vil personaje, a pesar de las tentativas de su madre de disipar dicha fantasía que tanto horrorizaba al niño. Una noche espiando tras una cortina el nicho en el que entraba su padre junto al viejo abogado Coppelius, quien frecuentaba su casa por las noches para trabajar con su padre, descubrió que éste no era sino el hombre de arena, quien le hubiese arrebatado los ojos en el acto al caer despavorido de horror de no ser por su padre que le suplicó a Coppelius que le deje al niño conservarlos.

La pregnancia de la pulsión escópica atraviesa toda la pieza de Hoffman. Nataniel, ya joven no puede sino volver una y otra vez sobre aquella escena traumática de su infancia. Sin detenernos en las transformaciones del padre -que muere en uno de estos encuentros con Coppelius, con quien aparentemente practicaba experimentos de alquimia- ubicadas por Freud en las figuras de Coppelius y luego en el vendedor de Barómetros y prismáticos Coppola, que lo llevan, siguiendo el relato, por una vía regia a la angustia de castración. Nos interesa delimitar el recorte del cuerpo del otro que se sitúa en el campo del amor, a partir de ciertas condiciones de goce prefijadas en la infancia y que están en plena articulación con el objeto *a* real que el mismo amor vela.

Así el primer objeto de amor cuando Nataniel es joven, es la bella Clara que lo ha acompañado desde su infancia junto con su hermano Lotario con quien mantiene una fuerte amistad. Nataniel, vive con Clara un amor juvenil, fresco, recíproco, donde la condición de goce escópica no deja de estar presente en las ensoñaciones que Nataniel guarda hacia su bien amada: “todos los días a toda hora pienso en la encantadora figura de Clara, pasa y vuelve a pasar sin tregua en mis ensueños; *sus ojos transparentes me dirigen dulces miradas*” (HOFFMANN 1816, 9, el subrayado es mío). En los términos que venimos desarrollando podemos pensar en la transferencia del objeto *a* mirada al campo del Otro que encarna su partenaire, lo que es correlato del funcionamiento del fantasma como sostén del deseo, tal como lo muestra su ensoñación.

Sin embargo, el amor hacia Clara se irá eclipsando en la medida en que se ve cautivado por su vecina, la misteriosa hija del profesor Spalanzani, Olimpia, a quién espía durante horas con unos prismáticos que le había vendido un personaje oscuro que en un principio creyó que era un sucedáneo del despiadado Coppelius que venía otra vez por él, suscitando un tremendo terror, Coppola, el vendedor de barómetros y prismáticos.

Al espiar a Olimpia tras las cortinas de su ventana “sólo los ojos parecían singularmente fijos y como muertos; pero cuanto más la miraba con el prismático más le parecía que los ojos de Olimpia se animaban con húmedos rayos. Aquello era como si el punto visual se animara repentinamente, y *los ojos se hicieran cada vez más vivaces y brillantes*. Nataniel, perdido en la contemplación de la celeste Olimpia *se sentía arrastrado hacia la ventana como por un hechizo*” (HOFFMANN 1816, 33 el

subrayado es mío), “Lleno de desesperación, ardiendo de pasión y deseo, Nataniel corrió fuera de la ciudad. Por todas partes la imagen de Olimpia flotaba delante de él; (...) y *le miraba con ojos centellantes desde el fondo de las ondas claras de cada arroyuelo*. La imagen de Clara estaba por completo borrada de su alma” (HOFFMANN 1816, 34). Estos pasajes dan cuenta, como habíamos puntualizado antes, del fundamento pulsional que subyace al enamoramiento de Nataniel hacia Olimpia, el empuje de la pulsión escópica que lo arrastra hacia la ventana, cómo se recortan los ojos del partenaire como pieza cautivante, la transferencia del objeto a mirada al campo del Otro, lleno de recubrimientos simbólicos e imaginarios que tienden a la idealización de su amada.

“El joven había olvidado que existiera en el mundo una Clara a la que había amado en otro tiempo. Su madre, Lotario, todos aquellos seres habían desaparecido de su cerebro, se habían perdido de su memoria, No vivía más que para Olimpia” (HOFFMANN 1816, 39-40). Observamos la vertiente de la idealización que recae sobre Olimpia, descrita ya antes en este trabajo por Freud, la fascinación, la sobrestimación que cobra Olimpia para Nataniel hasta convertirse en el Objeto único de su interés libidinal, lo que lleva a una tiranía absoluta del ideal en su cara super-yoica y un estrechamiento del circuito pulsional, correlativo de la desinvestidura de los demás objetos que para Nataniel despertaban algún interés, que se situaban en el campo del deseo.

Nataniel pasa horas junto a Olimpia dialogando con su mirada, “la miraba durante horas enteras, y su mirada se hacía cada vez más animada y brillante” (HOFFMANN 1816, 40). Su amor por Olimpia va *in crescendo* hasta que la pieza se precipita en una escena fatídica. Nuestro personaje corre en búsqueda del anillo que su madre le había dejado, para ponerlo en el dedo de Olimpia como prueba de eterna unión y que le diga con palabras lo que sus miradas le habían hecho entender desde hace tiempo, el amor que Olimpia sentía hacia él. Nataniel llega a casa del profesor Spalanzani escucha ruidos, gritos, entra al gabinete y encuentra en un clima de riña al profesor forcejeando un cuerpo de mujer con Coppola, ambos luchando con furor por poseerlo tironeaban para un lado y para el otro. “Nataniel retrocedió temblando de horror al reconocer a Olimpia (...) Demasiado distintivamente había visto que la cara de cera de Olimpia no tenía ojos y que en su lugar había dos negras cavidades. Era un autómata sin vida” (HOFFMANN 1816, 42). Coppola le había arrebatado el autómata al profesor dejándolo gravemente herido y Nataniel estaba en una plena desolación.

“Persíguele, persíguele ¡que te quedas haciendo! -Exclamó el profesor mientras se recuperaba- Coppelius, el miserable Coppelius me ha robado mi mejor autómata. (...) *Los ojos, los ojos te los ha robado a ti*. ¡Bandido! Corre tras él... tráeme a mi Olimpia; aquí están los ojos. *Nataniel vio en el suelo un par de ojos ensangrentados que le miraban fijamente*” (HOFFMANN, 1816, 42, el subrayado es mío) La escena fantasmática que sostenía a

Olimpia como objeto del deseo dentro del campo del amor, solidario o la operación de transferir un a postizo al campo del Otro, se ha desvanecido, todo el recubrimiento simbólico e imaginario que vestía a la autómata y la elevaba a un objeto dotado de vida e idealizado se ha borrado de un plumazo, el circuito pulsional ya no pasa por el campo del Otro. En forma solidaria con la frase que Lacan arroja en el *Seminario XI*: “*Te amo, pero porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto a minúscula, te mutilo*” (Lacan 1964 p.276), queda nuestro héroe confrontado a lo real del objeto mirada, sus propios ojos que lo miran, lo que suscita un efecto *unheimlich*, de extrañeza radical frente a ese objeto que es una parte de él mismo. Tal como afirma Lacan respecto del cuento de Hoffmann “La muñeca que el héroe del cuento espía tras la ventana del brujo (...) es propiamente esta imagen *i(a)* en la operación de completarla con aquello que, en la forma misma del cuento se distingue de ella, a saber, el ojo. El ojo del que se trata no puede ser sino el del héroe” (LACAN 1962-63, 58). Dicho en otros términos, este objeto a mirada que se encontraba como fundamento de sus elecciones amorosas mientras estaba velado, que el sujeto hacía pasar al campo del Otro en las miradas dulces de Clara en sus ensueños y luego en la mirada cada vez más vivaz y brillante de Olimpia; cuando se presentifica, constituye algo íntimo y ajeno, *unheimlich*, que hace desfallecer el *menos phi*, la falta en la que se soporta el deseo en la estructura del fantasma y aparece entonces la angustia como el afecto correlativo al encuentro con lo real.

Así, este relato de Hoffmann nos ilustra, dentro del género fantástico, algo con lo que nos encontramos a menudo en nuestra experiencia clínica con los analizantes: Tanto la vertiente de la idealización y las condición de goce que se juegan con los partenaires cuando estos entran como objetos de deseo en el fantasma. Así como también el surgimiento de la angustia en la esfera del amor, que como observamos lleva por premisa que se ha desvelado algo de la naturaleza real del objeto que sostenía tanto la idealización como esa modalidad de satisfacción fantasmática que conlleva el amor, lo que es solidario a la experiencia de lo *Unheimliche* en el campo del amor.

BIBLIOGRAFÍA

Hoffmann, E.T.A (1816) El Hombre de la arena. JVE ed. Bs. As. 2004.

Luiz, A.H. (1996). Diccionario de términos alemanes de Freud. Lohlé-Lumen ed. Bs.As. 2001

Freud, S. (1905) "Tres ensayos de teoría sexual". Cap. 3. En Obras Completas. Amorrortu. Tomo VII. Bs. As. 2005.

Freud, S. (1912) "Sobre la dinámica de la transferencia". En Obras completas. Tomo XII. Amorrortu ed. Bs.As. 2004.

Freud, S. (1919) "Lo ominoso". En Obras completas. Tomo XVII. Amorrortu Ed. Bs. As. 2007.

Freud, S. (1921) "Psicología de las masas y análisis del yo". Cap. 7 y 8. En Obras completas. Tomo XVIII. Amorrortu Ed. Bs. As. 2007.

Lacan, J. (1960-61) El Seminario. Libro VIII: La transferencia. Paidós. Bs. As. 2004.

Lacan, J. (1962-63) El Seminario. Libro X: La angustia. Paidós. Bs. As. 2006.

Lacan, J. (1964) El Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós. Bs. As. 2006.

Lacan, J. (1968-69) El Seminario. Libro XVI: De un Otro al otro. Paidós. Bs. As. 2008.

Lacan, J. (1972-73) El Seminario. Libro XX: Aun. Paidós. Bs. As. 2006.